

RESEÑAS DE LIBROS

EDWIN LIEUWEN, *Mexican Militarism: The Political Rise and Fall of the Revolutionary Army, 1910-1940*. The University of New Mexico Press, Albuquerque, 1968. XIII 194 pp.

Para quienes ya tenían conocimiento de la obra anterior de Lieuwen, la publicación del presente libro no debe haber resultado una sorpresa. Efectivamente, como desde 1960, en su libro *Arms and Politics in Latin America* * Lieuwen considera a México como caso de excepción a la regla del militarismo en Latinoamérica, era lógico esperar de él un estudio sobre este país como complemento de la primera obra y que viniera a explicarnos, por así decirlo, la otra cara del fenómeno. Lo que resulta sorprendente es entonces, más bien, el hecho de que el autor haya dejado pasar tanto tiempo entre uno y otro libro.

Lieuwen considera el fenómeno de la despolitización del ejército mexicano —fenómeno que alguien ha calificado más felizmente de la “desmilitarización de la política”—, como un largo proceso que costó una generación para completar. Esto es debido a que si bien la Revolución dio fin a la dictadura militar destruyendo al ejército federal, también dio nacimiento a una fuerza revolucionaria que vino a ocupar el lugar de aquél, y cuyos líderes dominaron la política mexicana, por medio de las armas, durante un cuarto de siglo. No bien había triunfado la Revolución, cuando los jefes de las distintas facciones, hasta entonces militares por necesidad, empezaron a combatir entre ellos en busca del poder político y de los despojos de la victoria. Lo que es más, durante este período inmediato al triunfo de la Revolución, muchos generales del nuevo ejército mostraron la misma rapacidad y actitud autoritaria que habían caracterizado a los oficiales federales a quienes vinieron a reemplazar. En consecuencia, para Lieuwen el proceso consta de dos partes: la destrucción del ejército tradicional y la eliminación de las fuerzas revolucionarias como factor preponderante de la política. Piensa entonces, junto con Obregón, que para poner al país en el camino del gobierno civil y de la estabilidad política fue necesario no solamente destruir el antiguo régimen, sino también “liberar a México de sus libertadores”.

Pero el papel que el ejército revolucionario jugó en la transformación del país fue fundamentalmente constructivo, ya que el uso de la fuerza militar no solamente fue necesario para la destrucción de la vieja sociedad, sino también para la construcción de la nueva. Así, se nos afirma algo de sobra conocido, que la fuerza militar fue necesaria para imponer las reformas sociales, pero lo importante para el autor es que también lo fue para el triunfo final de la autoridad civil. Para Lieuwen, los líderes revolucionarios, al combatir entre sí, van elimi-

* Praeger, Nueva York, 1960. Existe traducción al español bajo el siguiente título: *Armas y política en América Latina*. Editorial Sur, Buenos Aires, 1960.

nándose por medio de una especie de selección natural que sugiere la supervivencia de los más aptos y que, al reducir el número de los aspirantes al poder, crea el ambiente de estabilidad previa a la transmisión del poder a los civiles:

La suerte de los perdedores fue la muerte, la prisión o el exilio. Las luchas de 1915-16 eliminaron a la mayor parte de los generales leales a Pancho Villa y a Emiliano Zapata; la rebelión de 1920 eliminó a aquellos partidarios de Venustiano Carranza; los victoriosos de 1920 a su vez eliminaron a la mitad de los generales activos durante el levantamiento de 1923 y a otra cuarta parte durante las rebeliones de 1927 y 1929... Para 1929, solamente cinco generales de división quedaron como claros dominantes de la situación y Lázaro Cárdenas, uno de ellos, dio el tiro de gracia a los otros cuatro. (pp. xii-xiii).

La verdadera crisis política viene a presentarse entonces para 1923-1930, cuando cumplida la misión social, el control político por parte del grupo restante de militares ya no se justifica. Sin embargo, éstos se rehusan a entregar el poder a los civiles puesto que se consideran legítimos detentadores de éste y temen, además, perder las canongías conquistadas. Dos hechos notables vienen a resolver —o al menos a atenuar— este problema: la creación del Partido Nacional Revolucionario y la reforma militar.

La creación del PNR, debida a Plutarco Elías Calles, actúa en distintas formas para limitar la influencia de los militares en la política. En primer lugar institucionaliza al acción política, al transferir hacia el partido, en gran medida, las lealtades hasta entonces circunscritas a la persona de los líderes; en segundo lugar, unifica y fortalece a las facciones revolucionarias: la lucha y el acomodo políticos se dan ahora dentro de la estructura del partido, y después de lograda la avenencia o el compromiso se presenta un frente común en contra de los opositores de la Revolución; en tercero, el PNR viene a organizar a las fuerzas populares que, al formar milicias armadas, crean un contrapeso al ejército.

La reforma militar, debida a Joaquín Amaro, Secretario de Defensa en el gobierno de Calles, tiene también logros notables si bien ya algunos de los procedimientos de control político la anteceden. Desde el inicio del período de la lucha de facciones, los grupos victoriosos se cuidan de apaciguar a los restos de las tropas derrotadas mediante la incorporación de éstas a sus filas o a través del reparto de tierras, asegurándose previamente, en este último caso, la entrega de las armas. Amaro sigue esta última táctica con las tropas que licenciaron carácter forzoso conforme a su plan de reajuste de los efectivos del ejército regular. Este reajuste permite mejorar la situación económica de los soldados al tiempo que refuerza su lealtad al ejército como institución. La transferencia de lealtades hacia la institución armada se ve reforzada, a su vez, con la introducción del sistema de rotación de jefes y oficiales en las comandancias de las zonas militares. Al tiempo que esto sucede, y que los oficiales más viejos causan baja por el reajuste impuesto por Amaro o que logran acomodo en la política a través del

PNR, el nuevo Colegio Militar va produciendo los oficiales substitutos, educados ya dentro de un marco que pone el énfasis en el profesionalismo y en el respeto a las instituciones.

Pero en opinión del autor, es la propia convicción de los líderes en turno, Lázaro Cárdenas y Manuel Ávila Camacho, la que decide la suerte final de los militares en la política. Después de deshacerse de los militares callistas, Cárdenas logra contrarrestar a los propios mediante el agrupar a su alrededor a los obreros y a los campesinos gracias a su política de reforma social. Por otra parte, con Ávila Camacho en la Secretaría de la Defensa, continúa las reformas militares iniciadas por Amaro. Al mismo tiempo se reorganiza al PNR cambiándose el sistema de representación geográfica, que tendía a favorecer a los militares, por uno de representación funcional. Para ello se crean cuatro sectores: obrero, campesino, popular y militar, en donde los militares, como grupo político, vienen a quedar en minoría. Nada ilustra mejor el impacto de esta reforma, que la frase atribuida a Cárdenas: "Nosotros no trajimos al ejército a la política. Ya estaba allí. En realidad venía dominando la situación y nosotros hicimos bien en reducir su influencia a uno entre cuatro." (p. 125).

La elección de Ávila Camacho para la presidencia constituye la última ocasión en la historia de México en que un militar ocupa el puesto político más alto del país. Efectivamente, para 1946, año de la siguiente elección, la mayor parte de los antiguos jefes militares han fallecido o están retirados y el país ha cobrado una nueva fisonomía debido a las reformas introducidas por la Revolución. Esta coyuntura permite al PRM postular la candidatura de un civil: Miguel Alemán, y el nuevo ejército demuestra su profesionalismo al apoyar su ascenso al poder no obstante haber tenido como rival en las elecciones a un militar.

El libro de Lieuwen es extraordinariamente interesante, no solamente por la pasión que el tema encierra, sino por la forma en que nos conduce a través del drama de la lucha de las facciones revolucionarias descubriendo y explicando los mecanismos políticos que dieron nacimiento a la supremacía del gobierno civil. Sin embargo, existen graves deficiencias que han logrado colarse a pesar de la solidez general del estudio. La evidencia histórica que aporta en apoyo de sus conclusiones resta consistencia al libro. Por ejemplo, algunas de las fuentes en que se apoya, partidaristas necesariamente, son tomadas al pie de la letra sin la debida depuración. El autor ha debido cotejarlas frente a otras de distinto origen y orientación política a efecto de someterlas a la necesaria prueba de consistencia. Así, en la página 39, por ejemplo, da valor de hecho a un informe del Cónsul norteamericano en Tampico: "En los pozos petroleros alrededor de Tampico, la población prefiere mucho más el régimen del jefe de la guerrilla de bandidos, Manuel Peláez, al del jefe de operaciones militares de Carranza, de quien se tiene la experiencia de su brutalidad y corrupción." Dado el conflicto de Carranza con las compañías petroleras, no es posible suponer que dicho funcionario diplomático estuviera en posibilidad de brindar un punto de vista objetivo acerca del gobierno del primero. Seguramente el autor no sabe que Peláez fue precisamente el jefe del ejército particular de las compañías petroleras.

Por otra parte, esta falla del autor puede atribuirse a lo que constituye en realidad el punto más débil de su análisis: el no considerar el peso del factor internacional en el proceso de neutralización política del ejército. Así, por ejemplo, cuando considera la inclusión de los militares dentro del PRM como un cuarto sector, no parece importarle la influencia que pudo haber tenido en dicha decisión el temor de un alzamiento azuzado por las compañías petroleras y apoyado en las fuerzas opositoras a las reformas sociales, tal y como otro autor sugiere.*

Lieuwen concluye su estudio aduciendo que en la base de la conducta apolítica del ejército durante los últimos años radica el hecho fundamental de que existe un amplio consenso en torno del PRI. Con la perspectiva actual, la conclusión cobra intensidad en la medida en que es posible interpretar el reciente conflicto estudiantil como una grieta aparecida en ese consenso y en la medida en que la participación del ejército en dicho conflicto constituyó el rompimiento de una tradición que buscó soluciones políticas, más que de fuerza, a los problemas internos del país.

Es interesante hacer notar, por otra parte, que el profesor Lieuwen encabeza dentro de Estados Unidos la escuela de pensamiento que, frente al problema del militarismo en Latinoamérica, mantiene una posición liberal en cuanto que reprueba los movimientos golpistas y la ayuda militar que éstos reciben del gobierno de Washington. Esta escuela se enfrenta a aquella que, justificando al militarismo como un "mal necesario" a la luz de la seguridad de Estados Unidos, se inclina por el de tipo "Nasserista" como agente del cambio social. Así, creen posible compaginar la política norteamericana de seguridad continental con las necesidades del cambio en Latinoamérica. Esta segunda escuela tiene en el profesor John J. Johnson a su expositor más destacado.

Ambas escuelas han sostenido un largo duelo académico y han logrado encontrar prosélitos dentro del mundo oficial de Estados Unidos. La primera ha tenido eco particularmente entre algunos líderes destacados del Congreso, mientras que la segunda, que constituyó el fundamento implícito de la política del Presidente Johnson, ha encontrado ahora, al juzgar por el informe Rockefeller sobre Latinoamérica, acomodo expreso en la filosofía de los consejeros del gobierno republicano. De la medida en que el Presidente Nixon haga suyas las recomendaciones de Rockefeller en una época de dominio del Partido Demócrata en el Congreso, dependerá la intensidad con la que el duelo se resucite en el terreno político.

El libro de Lieuwen, publicado en 1968, cobra así nueva actualidad a la luz de esos dos acontecimientos que le son posteriores: la participación del ejército durante el reciente conflicto estudiantil y la recomendación político-militar del informe Rockefeller.

MARIO OJEDA GÓMEZ
El Colegio de México

* Jorge Alberto Lozoya, *El Ejército Mexicano (1911-1965)*. Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México, México, 1969. 132 pp. (Jornadas, 65.)